

La doble extranjería

Miguel Manrique

Cuando alguien se refiere al escritor Andrés Neumann como una persona de doble nacionalidad, él aclara, como lamentándose, que lo suyo es una doble extranjería. En su país de nacimiento es español, debido al acento peninsular que ha ido ganando con el curso de los años, pero en España sigue siendo un argentino, por el deje que lo acompaña como una segunda piel.

Es lo que le ocurre a Martín Ferreira, el protagonista de *Entre dos aguas*, la última novela del escritor, periodista y diplomático colombiano Plinio Apuleyo Mendoza. Acaso un álgter ego del autor, pues se trata de un personaje de características muy parecidas, ya que ha permanecido en Europa más de lo que lleva vivido, contemplando a Colombia con la lejanía a la que no sólo le obligan el tiempo y la distancia, sino el trabajar para medios de eso bastante difuso llamado Latinoamérica. Desde muy joven, Martín se sintió atraído por las luces románticas y supuestamente intelectuales que brillan desde París y otras capitales europeas. Deja atrás un país aún vivible, con los típicos problemas de todos, pero no el infierno en el que se transforma Colombia por culpa del consumo mundial de cocaína que, a su vez, genera el narcotráfico.

En París, Roma, Venecia o Madrid, Martín Ferreira se convierte en *otro*. Metamorfosis normal, pues el aprendizaje de idiomas, manejo de divisas, comidas, costumbres y la iniciación tanto en el sexo como en el amor, dan como resultado otra persona muy distinta en altísimo porcentaje al joven timorato; provinciano en todo el mundo, pues ya en la misma Bogotá se sentía un extranje-

Plinio Apuleyo Mendoza: *Entre dos aguas*, Ediciones B, Madrid, 2011.

ro, alejado de las montañas, siembras y ganados de su originario ambiente campesino. No obstante, se convierte en todo un *europ*eo, aunque en él haya más de francés o de italiano que una identificación con la totalidad del Viejo Continente. Todo esto refuerza el alma de poeta que lo acompaña desde la cuna, rechazando ofertas para quedarse en Colombia, aceptando la ayuda de un tío protector. Aprende a vivir en una agua que no es la suya pero a la que adopta de forma definitiva, pues sabe que no va a volver a su país.

Hasta que un acontecimiento inesperado lo hace volver a navegar en la otra agua que tenía casi olvidada. Un hermano suyo, militar de profesión, ha fallecido. Se ha suicidado. Noticia que causa un doble estremecimiento en Martín, pues se le hace imposible que Benjamín, un hombre de profundas convicciones religiosas, haya acabado con su vida. No puede creerlo. Viaja a Colombia no sólo para estar cerca de la familia y así buscar consuelo, sino para investigar tamaña aberración.

Se encuentra con un país que ya no es el suyo, no sólo por el cambio al que lo ha sometido Europa, sino por la guerra civil que ensangrienta a la nación. Un conflicto protagonizado por varios bandos, con el Ejército al que pertenecía su hermano como una facción más; un país víctima de tres monstruosidades superpuesta una a la otra. Sucede que el Estado, ausente en regiones remotas –de las que se ha apoderado el narcotráfico– o la presencia de ese Estado en forma del Ejército, en muchas ocasiones se revela como un adversario más de la población a la que supuestamente debe defender. Y es que si por algo se han distinguido bastantes elementos de las fuerzas de seguridad colombianas –la policía y el ejército– es por los abusos y el atropello a la ciudadanía; convirtiéndose en unos enemigos a los que les surgió otro enemigo: las guerrillas de las FARC, el ELN, el EPL y el únicamente urbano, M-19. Desaparecido éste y prácticamente el EPL, sólo quedan los dos primeros, quienes han sumado a su inicial lucha ideológica la conversión al narcoterrorismo. Lo que a su vez ha generado la aparición de grupos de autodefensa (los llamados paramilitares) tan terroristas y narcotraficantes como sus contrarios debido a los secuestros, extorsiones y asesinatos de poblaciones enteras, llevados a cabo por las FARC y el ELN,

quienes se erigieron en defensores del pueblo agredido por el Ejército.

Poco a poco, investigando la muerte de su hermano, Martín descubre en Benjamín a un militar totalmente atípico. Sus superiores lo llaman El Filósofo, pues en vez de combatir a sangre y fuego a la insurgencia, está por el diálogo con quienes se han visto obligados por la guerrilla a engrosar sus filas. Pero su labor proselitista es más profunda y positiva, pues trabaja con los campesinos, poniendo a los hombres bajo su mando a ayudar en las labores del campo, en la construcción de un puente, de una acequia, etc. De esta manera logra que la gente se olvide de la imagen represora y criminal que siempre han tenido los colombianos de sus fuerzas armadas, sobre todo en las zonas rurales. Frente a los resultados en bajas mortales que le exigen sus superiores, Benjamín Ferreira presenta una buena imagen estatal.

Las FARC ven esta acción constructiva del teniente coronel Ferreira a un enemigo superior que al que esperan armas en mano. Entonces un líder de este grupo subversivo y narcotraficante, tan terrorista como sus otros dos contrarios, decide acabar con él; amenaza con matar a la familia de un soldado si éste no acaba con la vida de Benjamín Ferreira por medio del abyecto método del envenenamiento; de esta forma, todo parecerá un suicido al encontrarse en la autopsia una considerable dosis de arsénico.

El periodista consigue, sin proponérselo, el reportaje más terrible de su vida. Trabajo que, evidentemente, no publica. Pero que lo hunde en un desasosiego infinito, pozo del que nunca saldrá, al enterarse de la monstruosidad en la que se halla sumido el país donde nació. Lo que nunca imaginó que pudiera suceder, el día que abandonó Colombia a bordo de un barco que aún llevaba inmigrantes italianos y de la que huyen desesperadamente los nacionales hacia Italia o a donde los quieran acoger. Un país vivible y hasta próspero antes de desatarse el consumo mundial de cocaína; convertido en productor, casi en contra de su voluntad, por mor de su privilegiada geografía. ¡Y es que hay amores que matan!

Después de convencer al pobre asesino de su hermano para que le confiese el crimen, Martín Ferreira sabe que está condena-

do, no sólo por la vida que hace muchísimos años escogió, sino por el terrible suceso a vivir entre dos aguas; a una doble extranjería. El país donde nació lo lleva en la sangre; no puede evitarlo; aunque la Francia de adopción es la que lo reclama como verdadera patria ©